

TERCERA CUERDA

La Eucaristía: fundamento de la vida espiritual

PASAJE BÍBLICO

Del Evangelio según Juan (6, 51-58)

En aquel tiempo, Jesús dijo: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo».

Los judíos discutían entre sí, diciendo: «¿Cómo este hombre puede darnos a comer su carne?». Jesús les respondió: «Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán Vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Así como yo, que he sido enviado por el Padre que tiene Vida, vivo por el Padre, de la misma manera, el que me come vivirá por mí.

Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron sus padres y murieron. El que coma de este pan vivirá eternamente».

Las multitudes que se acercan a Jesús son testigos de un milagro, la multiplicación de los panes y los peces. Es un prodigio grandioso que impacta positivamente, y la reacción es humanamente comprensible: la gente se une buscando a Jesús para proclamarlo rey. Aunque testigos de un hecho sorprendente, los presentes entendieron muy poco de su misión, agitados por su negativa parecen querer provocarlo: «¿Qué signos haces para que veamos y creamos en ti? ¿Qué obra realizas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como dice la Escritura: «Les dio de comer el pan bajado del cielo» (Gv 6,30). Jesús acepta la provocación, promete un pan «que da Vida al mundo» (Gv 6,33), a cambio muestra la forma, el rostro de ese pan: es Su carne y Su sangre.

Sólo la comunidad cristiana que se ha hecho testigo de la Resurrección comprenderá plenamente la riqueza de ese don y lo reconocerá en la fracción del pan (cf. Lc 24). Y a partir de ese momento, todo hombre en busca de la verdad sobre sí mismo, los que sienten el peso y la desilusión de su camino, los que necesitan de las palabras de vida eterna, todos los creyentes en Cristo, podrán encontrarlo, sí encontrarlo en la celebración de la Eucaristía que da sustancia corporal a la vida del espíritu.

El decoro de las celebraciones eucarísticas, el silencio y la adoración en la visita a nuestras iglesias, la atención y participación activa en la Santa Misa, todo ello pertenece a la misión de los Grupos de Oración. La adoración mensual, que es uno de los elementos constitutivos de nuestra espiritualidad, puede tener diversas formas y tiempos, pero debe convertirse cada vez más en el lugar donde con humildad y fe repetimos: "Danos hoy nuestro pan de cada día y comemos tu pan y bebemos tu sangre para vivir eternamente».

ESPIRITUALIDAD

De una carta de Padre Pío a Giuseppina Morgera (Dolcissimo Iddio. Cartas a Giuseppina Morgera)

Quería que no sólo los presentes participaran de tan gran regalo, sino también todos sus seguidores en los siglos venideros. Conscientes de la dulce promesa hecha un poco antes con aquellas tiernas palabras: "No os angustiéis en vuestro corazón ni temáis, porque no os dejaré huérfanos, sino que estaré con vosotros hasta el fin de los siglos". Aún recordando aquellas otras palabras memorables: "Venid a mí todos los que estáis cansados y afligidos, y yo os aliviaré". Consciente, digo, hoy de sus promesas de amor a sus huéspedes, antes de dejar el Cenáculo para ir al Huerto de los Olivos, confiere a los Apóstoles la plenitud de un sacerdocio que, mediante la sagrada ordenación, debía conferirse y ser transmitido a otros hasta el final de los siglos.

Su palabra: "Haced esto en memoria de mí" aseguró la universalidad del don en todos los lugares y en todos los tiempos. Él dio cumplimiento a los deseos amorosos de su Santísimo Corazón, que también decía encontrar sus delicias estando con los hijos de los hombres.

Hija mía, ¿no estaremos de acuerdo con el Apóstol amado, que, en el rapto de la admiración, proclama el acceso de la caridad de este divino Redentor a los hombres "in finem dilexit eos"? De hecho, no es la SS. Eucaristía una recompensa que en sí misma contiene todo tipo de Gracia? ¿Qué estoy diciendo? La Santísima Eucaristía no es sólo un compendio de sus otros dones, sino que es un don nuevo muy singular

de su inmensa caridad para nosotros porque Jesús, dándose como alimento y bebida al hombre, se identifica con él a través de la unión perfectísima que se cumple entre la criatura y el Creador; junto a la santísima humanidad le da los méritos infinitos adquiridos en esta tierra; le da su divinidad con los inmensos tesoros de su Sabiduría, de su Omnipotencia, de su Bondad.

Un fuego irresistible

En las cartas del Padre Pío se describe la Eucaristía como el lugar privilegiado en el que Él experimenta los efectos de su vida de unión con Dios. Ante la tentación de descuidar la comunión diaria, el 20 de junio de 1910, el Padre Pío escribe: "¿Y cómo, pues, Padre mío, podría yo vivir sin acercarme a recibir a Jesús aunque sea por una sola mañana?". (*Ep. I*, pág. 185). En marzo de 1911 confesó que iba a decir misa aún con fiebre: «Tengo tanta hambre y tanta sed antes de recibirla, que no tardaría mucho en morirme por falta de aliento. Y precisamente porque no puedo dejar de unirme a él, a veces con fiebre me veo obligado a ir a comer su carne» (*Ep. I*, p. 216).

Jesús en la Eucaristía es el amante que abre una profunda herida (cf. *Ep. I*, p. 316) en el corazón del Padre Pío, su corazón se siente atraído por una fuerza superior, y arde con un fuego irresistible; es también el consolador y el defensor. La presencia de Jesús en la Eucaristía es fuente de serenidad y equilibrio: «Todos los feos fantasmas que el diablo está introduciendo en mi mente desaparecen cuando me abandono confiadamente en los brazos de Jesús. Así que si estoy con Jesús crucificado, si medito en sus preocupaciones sufro inmensamente, pero es un dolor que me hace mucho bien. Disfruto de una paz y tranquilidad que no se puede explicar» (*Ep. I*, p. 216).

Los mismos dones místicos, recibidos por el Padre Pío en este período, resaltan cómo el Señor usa el sacramento de la Eucaristía precisamente como el lugar de sus manifestaciones más importantes e íntimas desde el intercambio de corazones, al éxtasis, hasta la estigmatización, que tomó lugar durante la acción de gracias por la santa misa.

En cierto momento, sin embargo, se percibe un cambio: Jesús ya no es el consolador, sino que pide ser consolado, involucra al Padre Pío en su amor y en su inmolación por la humanidad.

En la misa, víctima de amor

En el *Epistolario*, Padre Pío se ofrece víctima ocho veces, con intenciones diferentes: por los pecadores, por las almas del purgatorio, por las necesidades de la provincia, por los propios directores espirituales, por el fin de la guerra mundial... Para aclarar inmediatamente que la ofrenda es para él una cosa seria, citamos la respuesta que da a una hija espiritual suya, que le pedía poder ofrecerse también ella víctima por los pecadores: Sobre el permiso que me pediste de querer ofrecerte víctima por tus hermanos, por el momento no puedo permitirlo en absoluto. Recuérdamelo después y entonces se verá lo que debe hacerse en el Señor» (*Ep. III*, p. 247).

Frente a tanta seriedad, hay una concepción muy alta de esta ofrenda victimal. Veamos de aclarar mejor el contexto. Obviamente, coherentemente con la mentalidad de su tiempo, el Padre Pío se ofrece víctima mientras transita su enfermedad: durante la permanencia en familia presagia y espera la muerte; Este hecho lo impulsa a dar un sentido profundo a sus sufrimientos y a conectarlos con los de Cristo. He aquí que entonces el profundo amor a Cristo crucificado se transforma en un sentimiento de solidaridad compartible con él, de modo particular con su misión redentora, y es por esto que la primera vez que se ofrece víctima, lo hace por los pecadores y por las almas del purgatorio.

Sin embargo, posteriormente, el contenido de su ofrenda victimal evoluciona. El sufrimiento verdadero ya no será solo físico, sino que consistirá principalmente en aquella fase de purificación-aislamiento, característica de la desolación de los místicos, los cuales por un lado sienten la fuerte atracción de parte de Dios y por otro se sienten rechazados.

La iniciativa de Dios no se percibe solo como una intervención de gracia, sino que se convierte en una intervención pedagógica, es Jesús quien guía al Padre Pío en el misterio de su ofrenda victimal. Podríamos decir más: esta ofrenda victimal tiene su ritualidad bien precisa. Es Jesús quien elige al Padre Pío como víctima y constituye la celebración eucarística como lugar de esta ofrenda.

Con la expresión "asemejarse a Cristo", el Padre Pío resume toda la actitud de la víctima que sigue a Cristo en la inmolación, pero también en el aislamiento de la Cruz, que le hace gritar "Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado".

Icono de esta ofrenda victimal es la estigmatización: según lo que afirma en la carta del 22 de octubre de 1918, los estigmas le causan una herida mucho más profunda que las que tiene en el cuerpo. El misterioso personaje

«sigue su operación sin cesar, con superlativo desgarro del alma». Padre Pío siente toda la fuerza de este Dios que lo ama y lo aleja de sí y grita: ¡«Mi Dios! Es justo el castigo y recto tu juicio, pero úsame con el fin de brindar misericordia!» (Ep. I, p. 1095).

En una carta, también a *Giuseppina* Morgera, el Padre Pío describe mejor esta acción de Dios:

«Que Jesús te bendiga, sea siempre el Rey supremo de tu corazón y te trate como a él le gusta, sosteniendo tu alma en las durísimas pruebas espirituales, que, aunque aflictivas, son pruebas amorosas y no vengativas, porque nada tiene [que] vengar en ti el Señor, ¡pero en los otros por los que te has ofrecido víctima!» (Dolcissimo Iddio. *Cartas a Giuseppina Morgera* p. 181).

El centro de la vida de nuestros Grupos

Cuando alguien iba a saludar al Padre Pío a menudo era invitado a partir después de la celebración eucarística de la mañana. Verdaderamente para él la santa misa era el centro y el culmen de la existencia, toda su jornada estaba orientada por la celebración de la mañana.

Dice san Juan Crisóstomo: «Es obra de Cristo liberar a los hombres de la corrupción del pecado, pero impedir volver a caer en el anterior estado de miseria corresponde a la solicitud y a los esfuerzos de los apóstoles». En efecto, su misa era el unirse a Cristo para que a través de la oración de la Iglesia descendiera sobre el mundo la gracia de la misericordia de Dios.

Desde el principio, la participación en la misa mensual y la adoración eucarística han sido el distintivo de los Grupos de Oración y todavía hoy se distinguen por esta elección fundamental. Ante los ojos de todos nosotros está la actitud orante del Padre Pío, tomada en muchas fotografías durante la bendición eucarística de la tarde.

Para todos recordamos las palabras a la beata María Gargani, que podrían constituir un verdadero programa de vida eucarística: «Continúa sin temor, hijita mía, envolviéndote en este misterio de amor y de dolor al mismo tiempo, hasta que le plazca a Jesús. Este estado es siempre temporal; vendrá la divina consolación, completa, irresistible. En este estado de aflicción, continúa, mi buena hijita, rezando por todos, sobre todo por los pecadores, para reparar tantas ofensas como se hacen al divino Corazón.

Me parece que tú un día te ofreciste víctima por los pecadores; Jesús escuchó tu plegaria, aceptó tu ofrenda. Jesús te ha dado la gracia de soportar el sacrificio. Pues bien, ¡adelante todavía un poco más!; la recompensa no está lejos».

El Papa Francisco afirma: «El encuentro con Jesús en las Escrituras nos conduce a la Eucaristía, donde la misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real de Aquel que es Palabra viva. Allí el único Absoluto recibe la mayor adoración que se le puede dar en este mundo, porque es Cristo mismo quien se ofrece. Y cuando lo recibimos en la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos realizar cada vez más su acción transformadora» (GE, n. 155).

La Eucaristía, en este texto es la tercera cuerda. En realidad podríamos decir que es la cuerda principal, aquella de donde parte cada melodía, alabanza o acción de gracias a Dios.

Es al mismo tiempo el himno del *exultet pascual* en el que se renueva la ofrenda y la alianza con Dios, pero también es Navidad, es encontrar en nosotros ese rostro de Jesús que es el Viviente, es contemplar su debilidad que ha elegido revestirse de nuestra miseria para hacernos fuertes y generosos. A través de la Eucaristía celebramos en plenitud el canto del salmista: «Sacrificio y ofrenda no te agradan, me has abierto los oídos. No pediste holocausto y víctima por culpa. Entonces dije: «Aquí estoy. En el libro de la Ley está escrito lo que tengo que hacer: yo amo. Dios mío, tu voluntad, y tu ley está en mi corazón» (Sal 40,8-9).

La adoración nocturna

El Padre Pellegrino Funicelli, joven sacerdote recién llegado a San Giovanni Rotondo, intrigado por las cosas que se decían de Padre Pío, buscaba la ocasión propicia para asistir a alguna visión o éxtasis. Así, durante la noche, poco antes de que el santo fraile fuera al coro para la oración, se escondía en la oscuridad entre los bancos del coro, pero era regularmente descubierto y devuelto a la cama por el Padre Pío. Después de algunos intentos fallidos, fue tomado por sorpresa: «¿Quieres tener una visión de Jesús? ¿Es verdad? Y entonces ponte a contemplar el Tabernáculo junto conmigo». Pasaron los minutos, pero no pasó nada, la oscuridad de la iglesia, el sueño y la falta de costumbre a una oración nocturna tan prolongada hicieron el resto: - «los ojos se cerraron y, primero la cabeza y luego las piernas comenzaron a tambalearse «hasta que - continúa el relato - caí como un montón de escombros sobre las tablas del suelo, demasiado suaves para mis huesos duros y cansados». Sonriendo el Padre Pío lo envió a la cama, asegurándole que Dios no se encuentra tan fácilmente en las visiones y en los éxtasis, sino de rodillas, en el silencio y preparándose para recibirlo en la Eucaristía.

La Misa de Padre Pío

Quien se dirigía a San Giovanni Rotondo para asistir a su misa, para pedirle consejo o confesarse, veía en él una imagen viva de Cristo sufriente y resucitado. En el rostro del Padre Pío resplandecía la luz de la resurrección. Su cuerpo, marcado por los "estigmas", mostraba la íntima conexión entre muerte y resurrección, que caracteriza el misterio pascual. Para el santo de Pietrelcina el compartir de la Pasión tuvo tonos de especial intensidad: los singulares dones que le fueron concedidos y los sufrimientos interiores y místicos que los acompañaban le permitieron vivir una experiencia apasionante y constante de los padecimientos del Señor, en la inmutable conciencia de que "el Calvario es el monte de los Santos" (JUAN PABLO II, *Homilía de beatificación del Padre Pío*, 2 de mayo de 1999).

Oración a San Pío *de Monseñor Michele Castoro*

Oh Glorioso Padre Pío,
humilde servidor
y fiel discípulo del Cordero,
Lo seguiste hasta la cruz,
ofreciéndote como víctima por nuestros pecados.

Unido a él y lleno de su amor,
llevas la buena noticia de su resurrección
a los pobres y a los enfermos,
mostrando el rostro misericordioso del Dios Padre.

Oh orante incansable y amigo de Dios,
bendice a los que trabajan y sostienen
la *Casa Alivio del Sufrimiento*
y guía desde el Cielo tus Grupos de Oración,
para que sean faros de luz
en este atormentado mundo
y para que extiendan por todas partes
el aroma de tu caridad.

Oh santo del Paraíso,
obtén para nosotros
la salud de cuerpo y espíritu,
paz en las familias y la coherencia de la vida cristiana,
para que podamos entrar contigo en la patria beata.
Amen